

LA COMUNION EN LA FE

Todos los cristianos estamos unidos en Jesucristo, el único Señor, en una comunidad universal. Nuestra fe en el único Señor nos une por encima de todas las diferencias y oposiciones que a menudo dividen a las personas, como las diferencias entre naciones y culturas, clases y razas. El único Señor en el que creemos nos une, incluso más allá de las divisiones que existen entre las iglesias cristianas. Este es el fundamento del Movimiento ecuménico. Que los cristianos libren guerras entre sí —como ocurre actualmente en Irlanda o en Yugoslavia— debe crear en todos nosotros el sentimiento de derrota vergonzosa de nuestra fe. Aunque hoy en día nos reconozcamos mutuamente como hermanas y hermanos cristianos, el hecho de que las diferencias entre nuestras iglesias todavía nos siga dividiendo nos resulta humillante porque revela la debilidad de nuestra fe. Si todos nosotros nos comprometiéramos más con la fe y por consiguiente nos uniéramos mediante esa fe en el único Señor, podríamos como comunidad cristiana unida, dar al mundo testimonio de la verdad de nuestra fe en forma renovada.

En todas partes, existe actualmente en el cristianismo la necesidad de una renovación de la fe en la nueva vida que proviene de Dios y se pone de manifiesto en Jesucristo. Hay necesidad de renovar la gozosa confianza de la fe, que según el testimonio de Juan ha salvado al mundo. El período del compromiso poco entusiasta con el espíritu de una modernidad que se aparta cada vez más del cristianismo, debe terminar. No hay razón para que los cristianos teman que su fe resulte intelectualmente inferior al espíritu de la cultura moderna. Todo lo contrario. Los cristianos contemporáneos

pueden volver a confiar en que su fe es aliada de la razón verdadera, como ocurrió en el período de la iglesia patristica. Por lo tanto no necesitamos ningún tipo de fundamentalismo que nos proteja contra la experiencia del mundo y contra una investigación sin prejuicios de las tradiciones bíblicas. Lo que necesitamos es una nueva confianza, el rigor de una firme creencia en la verdad de Dios que alimenta nuestra fe. Sólo el vigor de una fe renovada puede superar las divisiones producidas en el cuerpo del cristianismo a lo largo de los siglos pasados.

La comunión con el único Señor, que disfrutamos gracias a nuestra fe en él, nos une en el cuerpo único de su Iglesia por encima de todas nuestras divisiones. Sin embargo, la comunión mediante el único Señor sólo puede descubrirse gracias a la comunión en una sola y misma fe. Los cristianos tienen que tener en común lo que creen, o al menos su esencia, no sólo en la familia universal de las iglesias cristianas de hoy, en la totalidad de la comunidad de cristianos de la tierra, sino también a través de los tiempos, a partir de los orígenes de la Iglesia y hasta la parusía de nuestro Señor. La fe de los cristianos contemporáneos no puede ser diferente de la de los Apóstoles ni de la de los Padres de la Iglesia patristica. Por eso, incluso hoy expresamos nuestra fe con las palabras de los Padres de la Iglesia patristica, quienes resumieron, en el símbolo de Nicea y Constantinopla, la fe apostólica en nombre de toda la comunidad cristiana reivindicando su autoridad sobre todos los cristianos en todas partes y, además, en el futuro hasta el retorno de nuestro Señor. Esta reivindicación ha sido aceptada durante siglos por las iglesias cristianas, a pesar de la injustificable y deplorable adición a esta afirmación del tercer artículo relativo a la procesión del Espíritu Santo. Esta adición, introducida unilateralmente en el texto del credo por la Iglesia occidental entre los siglos IX y X, significó la ruptura de la unión de la fe expresada en su símbolo ecuménico y por consiguiente debería ser abandonada por el cristianismo occidental actual. Nosotros tenemos que reconocer el texto original del símbolo de Nicea y Constantinopla como la expresión autorizada de la unidad de la fe de toda la comunidad de los cristianos a través de los siglos.

La unidad de la fe no excluye las diferencias en la forma de expresar sus afirmaciones ni en la interpretación teológica de su contenido. Ya en el período apostólico había profun-

das diferencias entre diversas formas de explicar la fe única, diferencias que quedaron documentadas en los escritos del Nuevo Testamento, por ejemplo en el contraste entre la teología de los textos joánicos y las epístolas paulinas, pero también en las diferentes perspectivas teológicas de cada evangelio. En algunos puntos hay considerables divergencias, pero están incluidas en la unidad de la fe dentro de la cual cada testigo del Nuevo Testamento contribuyó a su manera a crear la abundancia plural de los testimonios apostólicos. Aun en la época apostólica, sin embargo, los apóstoles y las iglesias tuvieron que luchar por la unidad de fe para que las diferencias y divergencias en la forma de expresar la fe no pusieran en peligro su unidad. Esta lucha por la unidad de la fe continuó en los siglos siguientes. Con el tiempo, dio lugar a penosas separaciones, en las que la unidad de fe ya no era reconocible. En cierto modo, todavía hoy consideramos que estas separaciones son insuperables, por ejemplo, en el caso de la lucha de la iglesia con el gnosticismo y con el arrianismo. En otros casos, sin embargo, tenemos que reconocer ahora que las divisiones constituyeron acontecimientos trágicos de la historia cristiana, separaciones que deberían y podrían haber sido evitadas, como la división entre los cristianos de Oriente y Occidente en el siglo XI, y también las divisiones que ocurrieron en el siglo V, después del Concilio de Calcedonia y más tarde, la desintegración de la Iglesia occidental en el siglo XVI. Con respecto a estos últimos casos, el creciente conocimiento de la historia hace que se dude cada vez más de la necesidad de esas escisiones para proteger la verdad fundamental de la fe. El insuficiente conocimiento de las posiciones de las partes enfrentadas y las pasiones humanas tuvo efectos catastróficos. Toda la comunidad cristiana tuvo que pagar por ello con los desastres del cristianismo. Superar las consecuencias de estas separaciones se ha convertido en el principal objetivo del movimiento ecuménico en nuestro siglo. La restauración de la unidad cristiana es necesaria, y posible si se fundamenta en nuestra fe común en el único Señor. La necesidad de restablecer la unidad cristiana se basa en la orden expresa de nuestro Señor y responde a la importancia de la unidad de todos los cristianos dentro de una sola Iglesia por fidelidad a su Señor. Sin embargo, está a nuestro alcance la posibilidad de restaurar la unidad del cristianismo siempre que nosotros, los cristianos contemporáneos, dejemos a las

distintas iglesias espacio suficiente para que expresen su diversidad en la teología y en la vida litúrgica y administrativa, de conformidad con los distintos procesos históricos, en lugar de confundir la unidad de la fe con la uniformidad de su expresión y de la estructura institucional global de la iglesia.

La fe cristiana común quedó expresada en el símbolo de Nicea y Constantinopla de modo que había de hacer fe en todos los períodos siguientes de la Iglesia. A diferencia de otros símbolos de la fe de la época patristica, este texto se formuló con la intención y la idea de ofrecer, en nombre de toda la Iglesia, un compendio representativo de la fe. Por este motivo, la Comisión de Fe y Constitución ha vuelto a este antiguo documento para intentar una explicación de ese texto mediante los esfuerzos combinados de delegados de muchas iglesias miembros. Se ha considerado como una alternativa a la formulación, desde una perspectiva contemporánea, de una declaración común sobre el contenido de nuestra fe. Pero ningún nuevo símbolo de la fe que tengamos en común podría cumplir jamás la misma función que ha tenido en la vida de la Iglesia el símbolo de Nicea y Constantinopla. En el mejor de los casos, un nuevo símbolo de la fe podría expresar un consenso entre las iglesias contemporáneas, pero no de manera inequívoca la unidad de la fe de la Iglesia a través de los siglos. Cada nueva expresión de fe tiene que ser cuestionada, aunque exprese la misma fe que la Iglesia ha profesado a lo largo de los siglos con las palabras del símbolo de Nicea y Constantinopla. Con respecto a la tendencia actual a expresar la fe de la Iglesia mediante palabras diferentes, presuntamente más contemporáneas, siempre cabe preguntarse si semejantes nuevos símbolos de fe no expresan, quizás, una fe diferente. No tiene necesariamente que ser así, pero preguntas de este tipo surgen inevitablemente apenas se ofrece, en lugar del símbolo ecuménico de Nicea y Constantinopla, un texto diferente que resume la fe de la Iglesia desde una perspectiva contemporánea. Por lo tanto es preferible centrarse en una explicación común del Credo de Nicea y Constantinopla en armonía con la forma contemporánea de ver su contenido y con el conocimiento de los problemas contemporáneos que todos los cristianos han de afrontar. Esa exposición del símbolo de Constantinopla no debería limitarse a su interpretación histórica, aunque ninguna explicación sería debería omitir el desarrollo histórico de su formulación. El símbolo

pretende resumir la fe apostólica de la Iglesia. Por consiguiente, exige una explicación basada en el testimonio bíblico de la revelación de Dios en Jesucristo que la Iglesia proclama y profesa. La insistencia en la expresión de la fe de la Iglesia en el símbolo ecuménico de Constantinopla no puede estar en contradicción con el testimonio de la Escritura. En todo caso, la formulación del símbolo ecuménico debe ser interpretada a la luz del testimonio de la Escritura. Si se procede de este modo, resulta claro que muchos detalles pertenecientes al testimonio de la escritura no aparecen explícitamente en el símbolo de Constantinopla. Por ejemplo, el símbolo no menciona la doctrina paulina de la justificación por la fe ni la liturgia eucarística de la iglesia en memoria de la última cena de Jesús; y la historia de Jesús se resume en el segundo artículo con pocos datos, referidos a la encarnación, crucifixión y resurrección del Señor, pero sin una sola palabra sobre su bautismo por Juan el Bautista y sobre su ministerio en la tierra. Sin embargo, estos son conceptos fundamentales de la fe cristiana. ¿Significa esto que el símbolo de Constantinopla es incompleto cuando resume la fe apostólica?

En cierto modo hay que admitir que no está completo. Si nos pudiéramos hoy a resumir los fundamentos y el contenido de la fe cristiana, habría que dedicar mayor atención a esos conceptos, que, sin embargo, no están realmente ausentes del símbolo de Constantinopla, sino que están presentes por inferencia. Así, toda la doctrina de la justificación está implícita en la única frase relativa al bautismo para el perdón de los pecados. La Iglesia una, santa, católica y apostólica es inconcebible si su vida no gira en torno a la liturgia eucarística. El mensaje de Jesús que proclama la proximidad del reino, y hasta su presencia a través de su propio ministerio, constituye el fundamento para la profesión de la verdadera divinidad de Jesucristo en unidad esencial con el Padre. Las afirmaciones del símbolo sólo se pueden leer y entender adecuadamente sobre la base de la Escritura y a la luz de su testimonio.

Esto es cierto especialmente en el caso de los elementos en los que insiste el credo de Nicea y que van más allá de lo que dicen explícitamente las Escrituras. El ejemplo más conocido es la afirmación de la unidad esencial de Jesucristo con el Padre. La fe trinitaria de la Iglesia, esencia del símbolo de Nicea y Constantinopla, explica indirectamente las afirmaciones bíblicas sobre la presencia del reino de Dios en Jesús

de Nazareth y sobre su relación como Hijo con su Padre celestial. Esto es el fundamento de la afirmación en el símbolo por lo que respecta a la encarnación del Hijo eterno en la persona humana de Jesús, que nació de María y fue crucificado bajo Poncio Pilato. ¿No son acaso estas afirmaciones una expresión de lo que Jesús proclamaba sobre sí mismo, sobre su autoridad y sobre el misterio de su propia persona?

Similares consideraciones se aplican a la afirmación de la verdadera divinidad del Espíritu. En esto, otra vez, el símbolo de Constantinopla va más allá de los términos explícitos de los testimonios del Nuevo Testamento. Y lo que se dice en el Nuevo Testamento sobre el Espíritu significa que el Padre eterno nunca está sin su Espíritu. Es bien sabido que la intención de afirmar lo mismo con respecto al Hijo dio lugar a la inclusión, en el segundo artículo del texto de Nicea, de una referencia a la actividad del Espíritu ya en el comienzo de la vida de Jesús.

Mediante sus afirmaciones trinitarias, la Iglesia del siglo IV expresó acertadamente las inferencias de los testimonios apostólicos del Nuevo Testamento con respecto a la identidad de Dios mismo. Y se justifica totalmente que el cristianismo contemporáneo reafirme esta fe trinitaria de la iglesia como expresión del monoteísmo característico de la fe cristiana, un monoteísmo concreto que nuevamente demuestra su poder espiritual en las discusiones actuales sobre la verdadera naturaleza de Dios. La concepción trinitaria de Dios en el símbolo de Nicea y Constantinopla es lo que consagró la autoridad ecuménica de este símbolo en la iglesia. Esto se debe a que los cristianos dan testimonio al Dios trinitario cuando verdaderamente profesan a Jesucristo como su Señor. Profesar a Jesús es inseparable del testimonio dado a su padre celestial, quien creó el cielo y la tierra, y lo es también del testimonio dado al Espíritu, a través de quien el propio Señor resucitado se presenta a su Iglesia y fue en los comienzos el origen de la vida y revelará en el futuro escatológico la nueva vida imperecedera que hay en nosotros, a la que hemos renacido por el bautismo.

Confesar a Jesucristo ha sido siempre dar testimonio de su persona, tomando partido por Jesús en la controversia pública sobre su persona. Por tal confesión, el propio Jesús prometió la recompensa de la vida eterna. Después de su muerte en la cruz nadie podría ya declararse seguidor de Jesucristo

sin profesar que resucitó de los muertos, y nadie podría unirse a la iglesia para invocar a su Señor viviente, sin creer en él como el Hijo preexistente de su Padre eterno, quien se encarnó entre nosotros en la forma de un ser humano único. Dar testimonio de la resurrección del crucificado y creer en la encarnación del Hijo eterno en Jesucristo se convirtieron en las dos principales ramas bíblicas que dieron origen a la profesión trinitaria de la Iglesia expresada en el símbolo ecuménico de Nicea y Constantinopla. Este símbolo no es solamente el resumen de las afirmaciones sobre la fe cristiana en el Nuevo Testamento. Es, al mismo tiempo, una profesión de fe en el Dios trinitario que fue revelado a la humanidad en Jesucristo y que está presente a través del Espíritu en la Iglesia de Jesucristo para comunicar la salvación a todos los creyentes. La confesión del Dios trinitario resume todas las afirmaciones del símbolo, razón por la que esas afirmaciones son esenciales para nuestra fe. No podemos confesar a Jesús sin confesar al Dios trinitario y manifestado en él y, a la inversa, sólo los que confiesan a Jesucristo como el Hijo encarnado y resucitado del Padre eterno, presente a través del Espíritu en la Iglesia para dar la vida eterna a sus fieles, confiesan verdaderamente el Dios trinitario.

Los esfuerzos de Fe y Constitución para dar una explicación común del símbolo ecuménico de Nicea y Constantinopla tienen por objeto estimular a las iglesias contemporáneas a manifestar su comunión confesando juntas, con las palabras de ese símbolo, su fe en el Dios trinitario revelado en Jesucristo. Sin duda, muchas de nuestras iglesias miembros utilizan regularmente este símbolo en su liturgia. Pero muchos cristianos consideran que este símbolo es una fórmula antigua cuyas afirmaciones se han quedado anticuadas. El símbolo necesita explicación para que podamos comprender por su formulación la fe viva de la iglesia, que es también nuestra fe si nos comprometemos seriamente con Jesucristo. A fin de que las iglesias que hasta ahora han estado separadas reconozcan en las palabras del símbolo la unidad de la fe que a todos nos une, es necesario que compartan la explicación de este símbolo. Basándose en tal afirmación en común, la profesión común de este símbolo se convertirá en un acto de confesión común para comprometernos con el Dios trinitario que se reveló en Jesucristo. Es una profesión que se enfrenta a un mundo que todavía no está preparado, o no lo está ya,

para aceptar el testimonio cristiano en nombre de la verdad de Dios, pero se obra así en la confianza en la unidad de fe que nos une a los cristianos a pesar de todas las diferencias que, por otra parte, puedan existir entre nosotros.

WOLFAHRT PANNENBERG (Luterano)
Profesor de Teología Sistemática
en la Universidad de Munich (Alemania).